



Rodríguez, Fermín A. (2023) *Señales de Vida: Literatura y Neoliberalismo*.
Villa María: [Editorial Eduvim](#). 436 pp.

Mónica Bueno

Fermín Rodríguez tiene una clara definición de su libro. Así lo explica en el prólogo: “Sin pretensión de sistematicidad, este libro es una cartografía, a través de la literatura, de una serie de transformaciones de los regímenes de poder y de sentido que, desde fines del siglo XX, vienen alterando de manera imperceptible los modos de producción de realidad y de subjetividad”. (2023, 13) Es cierto. *Señales de vida* es una cartografía, esto es, un dibujo de representación de planos, un sistema de proyecciones que se determina “a través de la literatura”. De ahí el título: la literatura da señales que exhibe la densidad de la vida.

De esta manera, Fermín Rodríguez entra de lleno en esa tensión que la literatura y la vida, a lo largo del tiempo, han resuelto de diferentes maneras. Podríamos pensar que el libro retoma el lúcido concepto de Hal Foster: “el retorno de lo real” y lo pone a funcionar como dispositivo de escritura. Si bien el libro no intenta discutir poéticas de un nuevo realismo tiene en cuenta la impronta de la estética (“Seamos ahora realistas como Aira, pidiendo del relato lo imposible”, señala en un momento) aunque es la “inoperatividad” de la literatura frente a los atributos que la vida tiene en nuestra época. “Un nuevo arte de hacer realidad se está jugando en estos textos que reescriben el guion normativo de la literatura nacional a partir de una vida precaria que es tanto un material como un procedimiento” (2023, 18). Así nos muestra las reconfiguraciones -afincadas en la vida como superficie- de un mundo violento, absurdo y expulsivo que los escritores argentinos y latinoamericanos exhiben. Se erigen casi como ingenieros o físicos que con determinados instrumentos ópticos dejan ver ese signo suplementario que la vida oculta, olvida o disimula. Es una semiología de lo que no está. Los cinco capítulos del libro conjugan ese diseño preciso de las marcas que la literatura ve y nos enseña; son constelaciones saturadas de tensiones (parafraseamos a Walter Benjamin). La maestría

del crítico, según Benjamin, implica determinar los atributos de esa mónada. Fermin Rodríguez, como el materialista histórico que Benjamin reclamaba, hace “saltar toda una época concreta respecto al curso homogéneo de la historia; con ello hace saltar una vida concreta de la época, y una obra concreta respecto de la obra de una vida.”(Benjamin) ya que describe con precisión la eficacia que los libros que ha seleccionado y que define el principio constructivo de esa constelación.

Lo viviente se ejerce en cada una de esas mónadas que el autor llama “escenas literarias”. Cada escena pone en la superficie la vida humana atravesada por las formas del neocapitalismo, la guerra y la biopolítica. La primera escena, tres novelas de Rodolfo Fogwill publicadas entre 1983 y 2016, *Los pichiciegos*, *Vivir afuera* y *La introducción* definen las señales de la guerra, los cuerpos, el margen y el estado neoliberal en la máquina ficcional del escritor.

La segunda escena exhibe las formas de la destrucción, la desintegración, los escombros y desperdicios a través de *El aire*, de Sergio Chejfec, y *El desperdicio* de Matilde Sánchez.

La villa, de César Aira, y *La Virgen Cabeza*, de Gabriela Cabezón Cámara diseñan el territorio precario del margen de la ciudad y sus formas de resistencia. Frente al abandono del Estado, las posibilidades de una comunidad. El trabajo y la figura del trabajador son los dispositivos de la cuarta escena. *El amparo*, de Gustavo Ferreyra, *Mano de obra*, de Diamela Eltit, *Las aventuras del Sr. Maíz*, de Washington Cucurto y *La prueba*, de César Aira son los libros que representan las modulaciones de la “biopolítica como estrategia de la dominación”.

Finalmente, la quinta escena da cuenta de Los escritores-lobo. Nos dice el autor: “La quinta escena se fija en los gestos predatorios de una serie de personajes escritores hombres que le roban la vida a alguien para poder escribir. Son “Los escritores-lobo” que acechan el cuerpo de mujeres obreras, rondando el mundo de la reproducción sexual de las fuerzas del trabajo gratuito, barato y marcado sexual y racialmente” (2023, 27). Sergio Chejfec, Roberto Bolaño, Fernando Vallejo son los autores, *Boca de lobo*, 2666 y *La Virgen de los Sicarios* constituyen la literatura que plantea y analiza la violencia de género y los discursos del odio.

Decíamos más arriba que nosotros llamamos “constelaciones” a estas escenas porque forman mónadas que los actos de escritura construyen y exhiben faltas, restos que la vida oculta: “una inmensa red de signos surgidos de la parte no escrita de la vida, moléculas de vida social que, en sus vibraciones y resonancias, retienen las intensidades de una época en la que ya se anunciaba, como inminencia o latencia, lo que iba a venir unos años más tarde.” nos aclara el autor. (2023,14) Estas son las señales de vida que la literatura emite.

Platón dice que la ficción hace que una cosa que no es, sea. El libro de Fermín Rodríguez da cuenta de esas posibilidades de la literatura actual. Son “ficciones pobladas de vida” nos dice. (2023,14) Por lo tanto, su hermenéutica nos deja ver la instancia política de los textos que buscan, indagan y producen pensamiento. Si la ficción es, como señaló Juan José Saer, una antropología especulativa. *Señales de vida* nos permite ver con claridad las especulaciones de los escritores frente a la vida de los hombres atravesada por la violencia, la marginalidad, el miedo, la guerra y la muerte y las formas de la biopolítica.

En la alianza de la literatura con las formas de vida, la temporalidad resulta una herramienta fundamental que Fermín Rodríguez tiene en cuenta. Así el tiempo corto de los acontecimientos se lee en función del tiempo largo en el que “las literaturas latinoamericanas siempre intervinieron en las luchas por la organización espacial del poder”. El tiempo corto es el tiempo de las catástrofes. De esta manera, las experiencias que las escenas literarias narran, diseñan ejercicios ficticios sobre la percepción humana del tiempo:” La experiencia del no paso del tiempo, convertido en una serie de presentes puros abrumadoramente materiales, convierte los días de Barroso “en un merodeo confuso” (45) por lo indeterminado e inacabado de un tiempo que resbala sobre sí mismo” (2023, 108) señala Rodríguez respecto de la literatura de Chejfec. Da cuenta así de las marcas singulares con las que cada escritor da cuenta de lo contemporáneo. Del mismo modo, los espacios – la ciudad, sus centros y sus márgenes, la villa, la casa, el campo de batalla, las islas Malvinas- refulgen en el “punctum” literario que hiere la vida.

Señales de vida es un libro sobre la literatura y la vida, decíamos, y es también un tratado sobre la crítica y la lectura. Buffon decía que el estilo es el hombre. En ese sentido, el libro configura un estilo de crítica que tiene una posición interpretativa que define un

modo ético. En un viejo artículo, Jean Starobinski advertía sobre esa relación particular que los críticos literarios establecemos con los textos, que implica desciframientos, distancias y colocaciones: ni acercamiento extremo ni alejamiento sinuoso señalaba Starobinski. Fermín Rodríguez logra establecer la medida justa con los textos que analiza, el espacio en el que fluye la vida a la que vuelve una y otra vez. De esta manera, su estilo deja al lector de su libro zonas de intermitencia y propone tonos de condensación y de ampliación que permiten recuperar el trayecto de lectura.

Una de las condiciones eficaces de ese movimiento entre la literatura y la vida reside en la forma de “tratado” que el libro tiene. Recordemos que el género desde sus remotos orígenes implica una exposición ordenada y didáctica de conocimientos. De ahí que cada capítulo de un tratado ofrezca un resumen de los asuntos que trata. Es por eso que las frases de ese resumen comienzan con la preposición “de” que, nos dice la Rae, denota asunto o materia. Cada capítulo de *Señales de vida* comienza con una suerte de tabla de contenidos. Por ejemplo: “*De cómo las nuevas fuerzas del mercado atraviesan el estado nación y lo exceden*” (2023, 29)

La pregunta es otra estrategia del flujo del libro. Diseña zonas de detención productiva ya que permite al lector esgrimir su propio pensamiento frente a la interpelación: “¿No es la vida con su potencial explosivo, que el poder desvía a su favor para alimentar la producción de capital; una vida con su propia sinergia colectiva, que tiene en el cuerpo vivo su sitio de elaboración, y que, en contra de cualquier obstáculo que se oponga a la igualdad, pugna por expandir los límites del cuerpo y multiplicar sus conexiones?” (2023, 252). Por otra parte, ese movimiento de escritura tiene zonas de enlace en el interior del propio libro y las escenas que construye, pero también con otras ficciones literarias.

Ernst Bloch define la utopía como la “ontología de lo aun no acontecido” que fisura el presente. Fermín Rodríguez prueba esa marca ontológica que “Las ficciones de vida muestran que las vidas sin derechos no están fuera de la política.” (2023,22) Termine de escribir esta reseña el 21 de diciembre de 2023 en medio de una cadena nacional donde el Presidente de la Nación anuncia un DNU con la derogación de 300 leyes. Tal vez sea hora de corregirlo a Marx, la historia se repite no necesariamente como farsa. Este libro lo revela...